

LA VOZ DE LAS PROFUNDIDADES

POR YUKE KABULA

... El gran leviatán es la única criatura del mundo que inevitablemente debe quedar sin ser pintada...

Herman Melville "Moby Dick"

* * *

Primer día de navegación. A 20 de septiembre de 2012

Aún recuerdo el día en el que aquel pobre hombre me entregó aquella figurilla esculpida en jade y me contó aquella historia demencial que por algún motivo tanto me cautivó. La historia de aquel viaje en el que, buscando ballenas, escuchó el canto de la Voz de las Profundidades y, siguiéndolo, logró audiencia como lo que el definió como "El señor invencible de los moradores del mar, al cual los habitantes del fondo oceánico deben devoción." Este le entregó a mi interlocutor un fragmento de jade, en el que el hombre habría tallado el aspecto de la criatura. Y era la figura que creó como resultado de sus esfuerzos la que ahora me entregaba a mí. La imagen recordaba a un extravagante cetáceo con dos bocas, cuatro aletas y unos extraños bigotes o tentáculos saliendo de lo que presumiblemente era su rostro. El hombre me la entregó diciendo que con eso su misión estaba cumplida, que algún día yo me haría a la mar y que habría, asimismo, de desempeñar esa misma tarea que él había hecho. Esto serviría para honrar a la Voz de las Profundidades, a la cual se refirió por un nombre que no sé escribir... su sonido era algo así como Gisgut, Guisgut o Gisguz. Me despedí de ese hombre al que apenas conocía y, a los pocos días, me enteré de que su cadáver había aparecido flotando en el mar.

Fue precisamente el recuerdo de este extraño suceso el que me asaltó cuando, casi dos décadas después, me dispuse a zarpar. Guiado por un impulso que no alcanzo a comprender, llevé conmigo la misteriosa efigie de jade, colgándola al cuello a modo de amuleto. Tal vez lo hice pensando que, de representar a algún dios del océano, aquella figurita podría ayudarme en la ardua tarea que pretendía sacar adelante. Y es que me disponía a cargar sobre mis hombros con el legado de mi difunto abuelo, ejerciendo como patrón de un barco pesquero gaditano. Su sombra pesaba sobre mí, y es que me atormentaba la posibilidad de no dar la talla: mi abuelo había sido un gran patrón y aún mejor persona, con lo que el hecho de estar ocupando el lugar que por tantos años le había correspondido a él me hacía sentir como si yo no fuera más que un vulgar usurpador... o, tal vez, como un burdo imitador que jamás podría acercarse al esplendor del original. Sin embargo, he de decir que la tripulación no pensaba igual; y es que, tras darme el pésame por mi abuelo, me recibieron con los brazos abiertos, esforzándose enormemente por hacerme sentir como uno más. Tras la cordial acogida, nos ocupamos

de revisar la maquinaria y, una vez que se hizo evidente que todos los refrigeradores funcionaban correctamente, nos lanzamos a alta mar, rumbo al Atlántico.

Segundo día de navegación. A 21 de septiembre de 2012

Amanecimos con el cielo despejado y con unas condiciones climáticas agradables para faenar. Una vez que hubimos levantado con la grúa las redes, nos encontramos con lo que solo se puede definir como una "pesca milagrosa". Y es que, cuando los subimos, el peso de los peces era tal que dio la impresión de que iba a desgarrar la red o, incluso, a romper la maquinaria, arrastrando tal vez consigo el brazo mecánico hasta el fondo del océano. Pero no fue el caso, nuestras herramientas desempeñaron su labor a la perfección y pronto nos vimos ante nuestro esplendoroso botín.

Pero no acabó ahí la cosa: todas y cada una de las veces que echamos al agua redes a lo largo del día, fuimos bendecidos con capturas igualmente abundantes, lo cual resulto sorprendente incluso a ojos de los marinos más veteranos que faenaban en la embarcación. Alguno de ellos llego a afirmar que yo debía de darles suerte; mientras que, algunos más suspicaces, encabezados por un anciano llamado Baltasar, insinuaron que era tal vez mi extraño colgante lo que nos había ayudado.

Volvimos a tierra satisfechos por la pesca obtenida y deseando que las siguientes jornadas nos brindaran similares resultados.

Tercer día de navegación. A 22 de septiembre de 2012

Hoy amaneció con un clima tan apacible como el de ayer y nuestra fortuna parecía que iba a durarnos desde la salida hasta la puesta del sol. Sin embargo, a medio día, cuando todos comíamos y charlábamos animadamente, el timonel del navío nos avisó de que repentinamente se había formado una tormenta. En un primer momento no le dimos demasiada importancia, ya que parecía ser simplemente un chaparrón que amainaría pronto, pero lo cierto es que, lejos de perder fuerza, se fue volviendo más virulento según avanzaban las horas.

Serían cerca de las siete cuando un rayo azotó nuestra embarcación y se fue la luz. Cuando recuperamos la audición que nos había arrebatado el estruendo del trueno, lo primero que pudimos escuchar fue al timonel maldiciendo y quejándose de que, siendo tan remotas las posibilidades de que un relámpago fulminase a un barco, ya era un auténtico crimen que nos hubiera pasado a nosotros. Le pregunté qué problemas podría traernos esta situación, ante lo cual me respondió, con cara de circunstancia, que la tormenta nos había sacado por completo de la ruta y que, al no estar funcionando los aparatos de navegación, podía afirmar que, sin lugar a dudas, estábamos perdidos e incomunicados en mitad del Atlántico. Pregunté si no era posible orientarnos usando la brújula o las estrellas de la noche, si es que acaso se retiraban las nubes de tormenta, ante lo cual me respondió que de nada nos serviría, y es que el mayor de nuestros problemas no era precisamente la orientación, sino el hecho de que habían fallado los motores. Ahora íbamos a la deriva.

En ese momento me desesperé... ¿cómo había podido pasar aquello en mi primera vez, en mi bautismo como marino? El miedo me atenazó y, dándose cuenta, el conductor se disculpó por su tono apocalíptico, reconociendo que aún no estaba todo perdido. Me sugirió que fuese a buscar a Pepe *el algas*, el maquinista de la embarcación, confiando en que él sabría qué hacer.

No perdí tiempo preguntándole el porqué de ese apodo, sino que acudí todo lo rápido que pude a buscar al individuo en cuestión. Di con él en la sala de máquinas y pronto comprobé que ya se me había adelantado, habiéndose puestomanos a la obra, sin dudar ni demorarse. Dijo que la subida de tensión había abrasado la instalación eléctrica y que, aunque no le costaría demasiado remplazar el motor, hacer que todo voliese a funcionar llevaría algún tiempo. Me disponía a marcharme cuando me detuvo para preguntarme algo que me desconcertó... "¿Soy el único que escucha *esa voz*?"

Le respondí que no sabía de qué hablaba, ante lo cual respondió que no importaba, y es que, seguramente, eran imaginaciones suyas. Me despedí de él y, retirándome a mi camarote, me he quedé mirando fijamente esta figurita de jade que tengo por colgante. De ser cierto que aquel amuleto era el que nos había dado suerte en la pesca... ¿era posible que fuesen también culpa suya todos estos sucesos catastróficos? Traté de apartar esos pensamientos de mi mente, aunque reconozco que no he tenido demasiado éxito.

Cuarto día de navegación. A 23 de septiembre de 2012

Ha sucedido algo muy extraño. La tripulación me hizo levantarme en las primeras horas de la madrugada, alegando que a Pepe *el algas* le había sucedido algo. Fui corriendo a la sala de máquinas y lo encontré en el suelo, encogido en posición fetal. Junto a él estaban los motores de recambio, pero todos ellos habían sido masacrados por completo, quedando del todo inservibles. Le pregunté qué había pasado... y él comenzó a balbucear cosas inconexas sobre *esa voz*. Lo único que me quedó claro fue que *esa voz* no quería que reparasen el barco y que no permitiría que lo hiciésemos. Esto se debía a que *él* nos había concedido audiencia y que *él* nos llevaría al lugar adecuado. Le pregunté que cual era ese lugar adecuado y él respondió, con una risa histérica, que no era otro que "la taquilla de Davy Johnes". Vi que uno de los miembros de la tripulación palidecía, así que le pregunté que le había sucedido. El hombre no tardó en responder. "Lo que ha dicho es un eufemismo... los marineros angloparlantes se refieren a *la taquilla de Davy Johnes* para hablar de los barcos hundidos".

Entendí al instante lo peliagudo de la situación. Me dirigí nuevamente a Pepe *el algas* y le pregunté si era él quien había saboteado los recambios y si planeaba hundir nuestra embarcación, aunque poco conseguí, ya que seguía delirando. Era como si una fuerza desconocida se hubiera apoderado de su mente y lo hubiera llevado al borde de la locura. Viéndonos sin otra alternativa, decidimos encerrarlo en su camarote, por su seguridad y por la nuestra. Tras este desafortunado incidente, el que había sido el segundo de a bordo de mi abuelo vino a hablar conmigo para decirme que era precisamente para situaciones como esta para lo que teníamos las velas de emergencia. Nuestra mejor opción, ahora que nos habíamos quedado definitivamente sin motor, era montarlas, aunque para ello tendríamos que esperar a que parase un poco la tempestad, ya que, de lo contrario, la cosa podía complicarse. Habrá que resistir unos días más y confiar en que remita el temporal...

Quinto día de navegación. A 24 de septiembre de 2012

Tras dos días agitados hoy al fin hemos tenido una jornada relativamente libre de vicisitudes. El temporal sigue sin amainar y no hemos podido montar las velas, pero al menos la cosa no ha empeorado. Eso ya es algo positivo. Pepe sigue en su habitación, encerrado y delirando, pero tampoco es que sepamos qué diablos hacer con él. Cuando volvamos a tierra, le haremos visitar un psicólogo o psiquiatra. Espero que su estado de locura sea, tan solo, una enajenación pasajera.

Sexto día de navegación. A 25 de septiembre de 2012

Pepe *el algas* ha aparecido muerto, flotando en el mar. Al parecer, al amanecer forzó la escotilla de su camarote y, de algún modo, logró pasar a través de ella. Una vez en el exterior y sin que nadie lo viera, saltó al agua, donde se dejó morir ahogado. El ruido del viento y el retumbar de los truenos debió mitigar el sonido de su caída al mar, con lo que, cuando nos dimos cuenta de lo que había acontecido, ya era demasiado tarde. Lo más inquietante era la críptica sonrisa que adornaba su rostro mortecino, y no menos incómodos eran los extraños rumores que comenzaron a escucharse entre los miembros de la tripulación, muchos de ellos relacionados con la misteriosa voz que decía escuchar Pepe poco antes de su presunto suicidio. Baltasar, hombre religioso a la par que supersticioso, se santiguó dos veces diciendo que era Leviatán, el demonio del océano, quien había llamado a Pepe desde las profundidades para matarlo y robarle el alma.

Séptimo día de navegación. A 26 de septiembre de 2012

Hoy ha sido un día tranquilo. A lo largo de la tarde la tormenta ha perdido parte de su virulencia. Tal vez mañana podamos montar las velas de emergencia y salir de aquí. Hoy hemos podido pescar de nuevo en abundancia y, quizás lo único perturbador que ha sucedido de momento, es que escuché al susodicho Baltasar decir por lo bajo que tal vez esta pesca en abundancia no fuera un regalo de Dios, sino un obsequio del demonio, del Leviatán, que nos era entregado a cambio de nuestras almas. Me pareció una declaración bastante impactante, aunque preferí no darle importancia, tratando de evitar alimentar aún más la ya de por sí justificada paranoia colectiva que trajo consigo el inesperado suicidio de Pepe.

Octavo día de navegación. A 27 de septiembre de 2012

Baltasar ha enloquecido. Cuando estábamos montando las velas comenzó a gritar que Leviatán conocía su nombre y que le murmuraba blasfemias desde mi ídolo impío. Enfebrecido por los delirios, empezó a dar cabezazos contra las velas y a empujarlas, haciendo uso de una fuerza sobrehumana. Desconozco por completo cómo pudo sacarla de su anciano cuerpo. De cualquier manera, lo cierto es que, aunque tratamos por todos los medios de detenerlo, finalmente esto se probó como una tarea imposible cuando, para nuestro espanto, el mástil de la vela se quebró y la mitad

superior del mismo se precipitó hacia el mar. Le grité a Baltasar preguntándole qué se creía que acababa de hacer, lo cual le llevó a responder que se limitaba a cumplir la voluntad de Leviatán, con la esperanza de que así perdonara nuestras almas. Después, me dijo que en realidad todo era culpa mía por traer conmigo la imagen del Leviatán.

Decidimos encerrar a Baltasar, pero, para evitar que se repitiera lo sucedido con Pepe, los marineros harían turnos para vigilarlo. Aunque me resultó preocupante que ocurrieran dos episodios de locura en tan poco tiempo, mi sentido común me decía que había una explicación perfectamente racional. Baltasar era un hombre anciano y además muy supersticioso, como probaba el hecho de que, ya desde el primer momento, había creído ver cualidades sobrenaturales en mi colgante. Seguramente la demencia senil le afectaba y eso se habría juntado con el impacto ocasionado por la repentina muerte de Pepe, con el cual, según me dijeron, se llevaba particularmente bien. La mente de un anciano es muy frágil... no eran raros episodios como este entre personas de tan avanzada edad como el pobre Baltasar, que ya sumaba cerca de ocho décadas de vida, pese a lo cual se seguía aferrando a su antiguo oficio como acto de voluntariado para honrar la memoria de mi abuelo.

Noveno día de navegación. A 28 de septiembre de 2012

Un griterío me ha despertado de nuevo antes del alba. Cuando me presenté en la habitación de Baltasar me topé con un panorama desolador: el hombre que en ese momento debía cuidar del anciano, un chico llamado Marco, yacía inconsciente en una esquina, mientras que el anciano se encontraba tendido junto a su cama, sobre un charco de sangre. Al acercarme a él, observé consternado que se había abierto el cráneo, golpeándose repetidamente contra la pata de la cama. Había dejado una nota sobre la mesita, en la que, con caligrafía temblorosa, había escrito que ponía fin a su vida “fuera del líquido elemento” para asegurarse de que el demonio del océano no pudiera reclamar su alma. No sé qué me impresionó más, si el gran dramatismo de la situación o la implacable determinación con la que el anciano se había matado. He de reconocer que no sentí demasiada pena, ya que apenas tenía trato con Baltasar, pero ello no impidió que el asunto me afectara y pusiera a flor de piel mis nervios.

Cuando logramos que despertara el hombre inconsciente reconoció haber escuchado en sueños *esa voz*, la misma que habían oído los dos hombres que, hasta el momento, habían fallecido. Después, rompió a llorar, diciendo que no quería morir, que en tierra tenía mujer e hijos y que ansiaba verlos de nuevo. Lo consolé diciendo que no había de preocuparse, procediendo a exponer mi teoría de que todo ese asunto de la muerte de Pepe había sugestionado a Baltasar y que, a su vez, la muerte de Baltasar lo había sugestionado a él. De todas formas, y ya a espaldas del resto de la tripulación, le pedí que, si volvía a oír *esa voz*, me informase de inmediato. Por precaución.

Con mi explicación racional logré apaciguar un poco los ánimos de la tripulación. Pero, aun así, fue inevitable que, a la hora de la comida, circulase algún comentario furtivo sobre una maldición o algo por el estilo. Ya al caer la noche y aprovechando la calma que sigue a la tempestad, lanzamos una, bengala, rogando que alguien la viera y acudiera en nuestro auxilio. No ha venido nadie aún, pero mantenemos la esperanza.

Décimo día de navegación. A 29 de septiembre de 2012

Aunque sea por las malas, estoy acostumbrándome a la falta de sueño. Hoy quien me levantó al alba fue Marco, que irrumpió en mi camarote llorando y diciendo que la voz lo estaba llamando y que él no quería morir. Le dije que se relajara y que me informase de lo que había acontecido exactamente. El chico tomó aire para decirme que la criatura a la que Baltasar había identificado como “Leviatán” se le había aparecido en sueños para presentarse con un nombre que sonaba... algo así como Gisgut. Era el mismo nombre que, aquel día, había mencionado aquel vagabundo que me dio la talla. Y, hablando de la imagen de mi colgante, cuando sus ojos se posaron en ella, Marco soltó un grito de espanto y se desplomó. El grito alertó al resto de la tripulación, que acudieron a mi estancia, para así toparse con el joven desmayado y conmigo tratando de reanimarle.

Cuando intentamos analizar lo que le había ocurrido, quienes entendían más de medicina acabaron por sentenciar que había entrado en coma como resultado de una repentina parada cardíaca. Aunque por el momento había sobrevivido, el fallo orgánico había deteriorado enormemente su organismo, con lo que no había garantías de su supervivencia, ni siquiera sabíamos si recobraría el conocimiento. Solté un grito de impotencia y, subiendo a la cubierta, arrojé el maldito colgante al mar.

Undécimo día de navegación. A 1 de octubre de 2012

Ya no ha habido forma de frenar los rumores sobre la maldición. Esta mañana Marco falleció definitivamente. En la autopsia ha constado como parada cardio-respiratoria. Encima, cuando quisimos echar las redes, no pudimos sacar nada. En la comida, la aparente conexión entre aquellas tres muertes consecutivas fue el tema de conversación y, como llevados por una histeria colectiva, escuché a varios hombres que creían haber escuchado *esa voz*. Cada vez dudo más de mi capacidad de mantener el orden entre la tripulación y, para colmo, no parece haber nadie en varias leguas que pueda recibir nuestras peticiones de auxilio.

Duodécimo día de navegación. A 2 de octubre de 2012

La puta tormenta ya ha vuelto y hoy hemos visto no a uno, sino a dos marineros corriendo desnudos por los pasillos, gritando que *esa voz* les llamaba. Ya no he sabido si encerrarles o qué coño hacer. A este paso me voy a quedar sin tripulación. Maldito sea el día en que emprendí inconscientemente este viaje sin retorno, convencido de que no iba a pasar nada.

Décimo quinto día de navegación. A 5 de octubre de 2012

Los últimos dos días no he podido escribir por la angustia y el estrés y hoy me topo con otro suicida más. Ya no hay forma de detener esta ola de paranoia. El fin se acerca y no puedo hacer nada.

Vigésimo día de navegación. A 10 de octubre de 2012

En lo que llevamos se han muerto otros dos.

¿Cuadragésimo día de navegación?

Ya no sé muy bien qué día es hoy. Ha llegado la inexorable muerte del último tripulante que quedaba. Enloqueció y tuve que matarlo... ¿o seré yo quien comienza a enloquecer? Lo cierto es que estoy solo y ya asumo mi destino. Con los alimentos agotándose y la garganta reseca por la escasez de agua potable, sé que el final de mis días es inminente. Por la noche escucho un murmullo, creo que es *esa voz*, que ahora me reclama a mí. No acostumbro a rezar, pero, si estás ahí, Dios mío, ¡ayúdame!

*Emana del océano cantinela de seducción,
que entona con ternura la hermosa sirena,
más esto es tan solo el velo de una ilusión,
que enmascara el rostro de funesta ballena.*

La soledad, el hambre y la sed me están haciendo perder la cabeza y encima soy incapaz de apartar *esa voz* de mi cabeza. Se observa una isla a lo lejos, espero que el oleaje me lleve hasta ella y, con un poco de suerte esté habitada. Por favor, que algo o alguien haga que se calle ese murmullo constante que no cesa de atormentarme...

*Observa desde tu decadente navío,
como ante ti se muestran los cuerpos del cielo,
vagando todos juntos destino al vacío,
al que son atraídos por astral anhelo.*

Eso no es una isla. Veo el jade sobre su espalda colosal. *Esa voz* me ordena que me acerque. Lo más espantoso es que ni siquiera está cerca... es su gigantesco tamaño... no puede ser algo de este mundo... Dios mío, si estás ahí, ¡sálvame!

*Cantamos al sol fallecido,
aunque por dentro estamos llorando.
Canta el corazón encendido,
cuya llama se está apagando*

He tenido audiencia con el Señor del Océano, La Ballena de Jade, Voz de las Profundidades... Él me ha mostrado la verdad... no somos nada... he tallado una figura

de jade con su aspecto, viajaré a la playa y se lo daré a alguien... así tendrá derecho a contemplar Su esplendor como hoy he hecho yo y tantos antes de mí... después regresaré al mar y me entregaré al olvido... dejaré de existir, mis recuerdos, pensamientos, anhelos y hasta mi misma esencia... todo se desvanecerá como si nunca hubiera existido... tal vez mi recuerdo perdure a lo largo de una o dos generaciones... luego se desvanecerá, igual que lo hará toda la humanidad... nuestra existencia es solo un accidente, una broma cósmica... ¿qué mejor que desaparecer... devolver la Tierra a sus legítimos propietarios...? Todo se desvanecerá... con el paso de los implacables eones... todo menos ellos, soberanos del Espacio-Tiempo... este es mi legado.... un legado que se desvanecerá muy pronto...

* * *

Este diario fue recuperado y editado por Leopoldo Teja para el número 27 de la revista sensacionalista Shangri-La 93. Aunque su verosimilitud es cuestionable, se sabe que durante los meses siguientes Teja padeció acoso y sufrió amenazas de muerte por parte de un ex alto cargo del ejército franquista, Jaume Pons, quien le acusaba de haber revelado "información altamente confidencial". Por fortuna, tales amenazas quedaron en nada, aunque, por precaución, se llegaría a emitir una orden de alejamiento contra el señor Pons.